

MIRET MAGDALENA

COMENTARIOS INDEPENDIENTES (III)

En Essen se ha reunido el LXXXII Congreso Católico llamado «Katholikentag», y en él se ha tratado de la postura de los católicos alemanes respecto a la encíclica *Humanae Vitae*. El grupo de trabajo que reflexionó sobre este tema adoptó la decisión —por tres mil votos contra noventa— de pedir al Papa la revisión de esta encíclica sobre la regulación de nacimientos, ya que «no podían —estos católicos—, en conciencia, y después de profunda reflexión, seguir la indicación de obedecer al Papa en esta cuestión».

Un centenar de católicos belgas, en su mayor parte médicos y profesores de la Universidad libre de Lovaina, han hecho pública una carta dirigida a los Obispos en la que dicen que «la rectitud de las conciencias no puede ser sacrificada en ningún caso a consideraciones de autoridad». Y piden que haya «un franco intercambio de ideas que, con toda rigurosidad, haga aparecer cuáles son los valores morales fundamentales y qué elementos de la encíclica deben estar sujetos a revisión y estudio y no pueden obligar a los fieles».

El grupo de Estudios sexológicos y familiares de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica de Lille han dicho que la encíclica «es un llamamiento a perseguir un fin ideal, muy elevado, sin duda; pero, por ello mismo, inaccesible actualmente a la mayoría de las parejas cristianas». Y añade, que las palabras de la encíclica serán «crucificantes para miles de hogares cristianos... de consejeros, sacerdotes..., médicos, investigadores, psicológicos..., que tienen la impresión, a primera vista, de que su trabajo ha sido en vano». Y piden a los católicos que se centren en los aspectos positivos más que en los negativos, para superar este planteamiento poco realista.

También ha habido el caso del decidido Obispo holandés Monseñor Bluyssen, quien afirmó que la encíclica «personalmente, no puedo aceptarla tal y como está; aunque se la reconozca un efecto preventivo y saludable, desechando concepciones demasiado simplistas respecto al matrimonio».

Por último, los Obispos holandeses consideran que el debate en torno a la encíclica no debe darse por terminado, y deben colaborar los fieles en la elaboración de las directrices pastorales, para que así la autoridad de la Iglesia, al ser más realista, salga fortalecida moralmente.

El Padre Haering, el amigo del Papa, entró de lleno en los puntos debatidos en la encíclica, como hemos dicho en otros artículos. El y el especialista en psicoanálisis Abad M. Oraison, son quienes mejor han expresado los puntos débiles del planteamiento negativo que, en buena parte, se hace en la encíclica acerca del control de natalidad. Los otros puntos, mucho más graves —como el aborto y la esterilización—, nadie los ha discutido. Todo se ha centrado en el control de natalidad y los medios más humanos y, por tanto, más morales de llevarlo a cabo en aquellos casos dramáticos o conflictivos que suelen ser frecuentes en la sociedad actual.

Resumiré su pensamiento, que coincide con el que mantenemos muchos seglares católicos.

El Padre Haering —en sus declaraciones textuales— expresa su lealtad básica a la Iglesia y al Papa, «pero esa lealtad no es posible sin entregarse al pueblo de Dios, especialmente a los pobres y a los preocupados». Acepta que las funciones biológicas y sus leyes forman parte de la persona humana; pero, «si las funciones biológicas y sus procesos se toman como una norma absoluta, que no permiten ninguna excepción ni siquiera en el caso de peligrar la salud psicológica de una persona, o la estabilidad del matrimonio, entonces nos apartamos completamente de la medicina moderna y de la cultura moderna. Las realidades biológicas deben servir a la totalidad de la persona, y, por tanto, la persona no puede estar sometida a los procesos biológicos si éstos destruyen a esta persona».

Más claro no ha podido hablar. Por eso solicita urgentemente del Papa que pida una amplia colaboración de todos para encontrar soluciones, especialmente en relación con el problema del control de natalidad en los pobres y en los pocos cultos. Y lo hace porque confiesa que las normas y prácticas rigoristas

en la experiencia de muchos casos concretos, han llevado a tener las personas interesadas trastornos psíquicos graves.

El Abad M. Oraison critica el planteamiento de algunos poco consecuentes, con la afirmación de que esta encíclica no es infalible. «Si no es infalible, esto significa que es falible; o sea, que puede contener aspectos discutibles, o incluso inexactos». Pero hay muchos que tratan este documento no solamente con respeto y con intento de aceptar lo aceptable, sino haciéndolo en la práctica infalible. Hay quienes suponen que tendríamos que reaccionar como si de hecho estuviera exento de error, aunque en teoría decimos que no es así y que puede tenerlos. Pero aceptar esta postura inconsecuente es condenarse a que «el lenguaje ya no tenga sentido».

«Algunos —dice Oraison— reaccionan con una especie de horror sagrado como si el Papa fuese un ser semi-Dios, semi-hombre, haciéndose con ello, quizá, una corrección pagana y mágica del Soberano Pontífice».

Detrás de toda esta rígida postura sobre la regulación de la natalidad, sin permitir la —salvo el dudoso método de Ogino— en casos graves y razonables, está «una noción de la naturaleza anticuada que proviene de otros tiempos y que rehúsa admitir las adquisiciones de la antropología moderna». Toda práctica razonable y responsable del control de natalidad, ¿disocia el amor de la vida, y rehúsa implícitamente el sentido de la creación? «Si la antropología responde —y ciertamente lo hace—, que, de suyo, no lo disocia en todos los casos..., la teología moral tendrá que aceptar este dato y concordarlo con las exigencias evangélicas».

Olvidamos lo que dos revistas norteamericanas nos recuerdan —*Time* y *Newsweek*—: que esta concepción puramente mecánica que produce un respeto mágico a la realización material de los actos físicos en el matrimonio, supone una concepción de lo natural que proviene de la filosofía de los estoicos. Pero algunos filósofos católicos, como el Abad Jean M. Aubert, hace tres años recordaron —a pesar de ser seguidor del tomismo— que nuestras concepciones sobre lo natural y artificial deben ampliarse a la luz de la física, biología, medicina y psicología modernas, llegando a la conclusión de que «los productos de la técnica humana son siempre naturales en su contenido, pudiéndose decir que una tableta de aspirina es tan natural como una infusión de hierbas», porque «las obras de la técnica no hacen sino desarrollar las leyes de la naturaleza, y no le son contrarias».

Si somos personalistas, y tenemos una concepción del matrimonio dentro de esta línea, no podemos decidir los casos de conflicto a favor de una concepción mecánica y puramente física de los actos matrimoniales; sino que, ante la responsabilidad profunda de la propia conciencia, debemos ser lo suficientemente sinceros para plantearlos si el conflicto es real e insoluble y si los valores personales, que estén en evidente peligro, no deben ser superiores a los valores materiales.

Del mismo modo, es preciso tener una concepción abierta de lo que es natural y artificial comprendiendo que no hubiera sido posible el sorprendente desarrollo de la ciencia actual si hubiésemos considerado lo artificial como anti-natural. El ingenio humano usa de estos artificios inteligentes para desarrollar a la persona humana. Lo importante será, en todo hombre, pensar con responsabilidad la eficacia humana global de cualquier medio que en nuestra vida usemos —cosa que desborda el simple plano de la natalidad—, sin pensar por eso que responsabilidad es lo mismo que superficialidad, o que conciencia es igual a capricho.

Todo este planteamiento en torno a la encíclica nos lleva a reconocer un hecho claro: en la Iglesia hoy existe una profunda crisis de autoridad y en la autoridad. Y esta crisis no se resuelve a golpes de maza o cerrando los ojos, sino yendo a la entraña de la crisis misma para quitar los elementos contingentes que se han ido adhiriendo a esa autoridad, prestándole algunas características propias de la sociedad pagana y no del único poder que pone como centro de todo el Evangelio, que es el poder del amor.